

*The Sigourney Award*  
*New York, December 17, 1999*

El Mary S. Sigourney Award Trust es una Fundación que todos los años distingue a psicoanalistas e instituciones psicoanalíticas que cumplieron una tarea importante en nuestra disciplina en los últimos diez años. El premio rota cada tres años entre los Estados Unidos, Europa, y Canadá y América Latina. Esta vez la rotación correspondió por tercera vez a América Latina y Canadá, y fuimos seleccionados Ricardo Bernardi, del Uruguay, Eva Lester, de Canadá, Elías Mallet da Rocha Barros, de Brasil, y yo, de la Argentina. Me siento muy honrado por esta decisión del Trust y me encuentro en muy buena compañía con Eva, Ricardo y Elías.

Pienso que esta distinción se me ha otorgado principalmente por mis trabajos sobre técnica psicoanalítica. La publicación de *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* por Amorrortu Editores en Buenos Aires en 1986, fue después traducido al portugués por Artes Médicas en 1987, al italiano por Astrolabio en 1990 y por Karnac al inglés en 1991, que ya va por su segunda edición (1999). Se espera para el año que viene la segunda edición en español y la primera en alemán y rumano, mientras se preparan la segunda edición en italiano y portugués.

A partir de 1986 escribí varios artículos sobre el testeo de la interpretación, en un intento de alcanzar una mayor precisión en este campo. La tesis principal de esos artículos es que la interpretación puede testearse en la sesión si se la ofrece como una hipótesis para que el analizado -el único que al fin y al cabo puede evaluarla- decida sobre su validez o falsedad.

Para que esta evaluación sea posible, considero que es imprescindible que la interpretación sea clara y distinta, como diría Descartes, y ofrezca en lo posible una sola hipótesis. Si la propuesta que le formulamos al analizado es múltiple o ambigua, no es sensato esperar que él pueda decidir sobre su contenido de verdad.

La mayoría de los autores está conteste en afirmar que las asociaciones del analizado frente a la interpretación tienen un alto valor heurístico que enriquece el material subsiguiente; pero pocos piensan, como yo, que esas asociaciones llevan también un juicio sobre lo que acabamos de interpretar. Es casi innecesario decir que no me refiero al juicio conciente del analizado sino al que surge de su inconciente. Freud decía esto mismo en *Construcciones en el análisis*, cuando afirmaba que, más allá de lo que el analizado afirme concientemente, su respuesta puede indicarnos el efecto que la construcción le produjo.

Sin proponérmelo, fui ajustando mi tarea en el consultorio a la del científico que propone una hipótesis y espera verla confirmada o refutada por los efectos que produce. En esto me ayudó, sin duda, lo que aprendí del gran epistemólogo argentino Gregorio Klimovsky y también de los escritos de Wisdom.

No se me escapa en absoluto que la respuesta del analizado es mucho menos confiable que en otros terrenos de la ciencia, justamente porque el analizado puede convertir a nuestra hipótesis interpretativa en *autopredictiva* (sometimiento, seducción: transferencia positiva) o *suicida* (rivalidad, envidia: transferencia negativa); pero estas dificultades no son para mí insalvables si tenemos en cuenta, en cada caso, las complejas vicisitudes del vínculo transferencial y contratransferencial, si nos atenemos en primer lugar a las enseñanzas de Freud, Abraham, Melanie Klein, Money-Kyrle, Paula Heinmann, Racker y otros autores.

Muchísimos psicoanalistas entienden estas dificultades como insolubles y renunçian a considerar que el psicoanálisis sea una ciencia, mientras que otros prefieren verlo como una hermenéutica, donde lo que vale es la coherencia de los enunciados, que se van expandiendo o corrigiendo en un círculo hermenéutico. Yo pienso, sin embargo, que la hermenéutica cae fatalmente en una fascinación que, por obra de la presión de los conflictos de transferencia y contratransferencia (que por definición no son considerados desde esta perspectiva), termina por extraviarnos. El círculo hermenéutico en psicoanálisis termina por ser poco menos que una *folie à deux*.

La idea más original de mi praxis es, tal vez, un hecho empírico que, a poco que nos decidamos a observarlo, aparece una y otra vez en nuestra labor; y es que el analizado nos evalúa constantemente y las más veces lo hace bien. Yo lo aprendí primero en mi tarea de supervisión. Veía muchas veces que la interpretación del supervisado era claramente errónea, pero no siempre, por timidez o lo que sea, me animaba a decírselo. Entonces, el analizado venía en mi auxilio y criticaba la interpretación en los mismos términos en que yo debería haberlo hecho. Por lo general, el supervisado no escuchaba lo que se le había dicho o lo descalificaba como resistencia. Entonces yo me animaba a decirle que el analizado tenía razón, que su interpretación era equivocada. Más trabajo me costó darme cuenta que a mí también solía pasarme lo mismo, por aquello de que es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio; pero al final pude escuchar mejor a mis analizados y ver que muchas veces tenían razón en lo que decían de mi interpretación.

Sé muy bien que muchos esclarecidos analistas rechazan por completo mis ideas, y no descarto que sean finalmente equivocadas. Es posible que no lo sean, sin embargo, y que esos colegas, por experimentados que sean, tengan que revisar en el futuro sus puntos de vista.

Agradezco a todos los que me enseñaron, que son muchos, agradezco a los que discrepan con mi forma de trabajar, porque me permitieron ir depurando mi técnica, y agradezco también, y mucho, al Mary S. Sigourney Award Trust y a sus directivos Bernard Pacella y James Devine, no sólo porque me premiaron, sino por la tarea que realizan para el progreso y el mejoramiento del Psicoanálisis.

Agradezco a mi hija Laura porque vino a acompañarme desde Londres para esta ocasión, y a mis otros hijos, Alicia y su marido John y Alberto y su esposa Ana, que me acompañan a distancia, lo mismo que mis nietos Julián, que hizo esta traducción, Lucía, Pamela, Julia y Melisa. Siento una inmensa gratitud por María Isabel Siquier, con la que discutí arduosamente estas ideas durante años y no siempre estuvimos de acuerdo, agradecimiento que hago extensivo a León Grimberg, David Liberman, Salomón Resnik, Jorge Luis Ahumada, Leonardo Wender, Eduardo Issaharoff, Leo Rangell, Charles Brenner, Donald Meltzer, Betty Joseph, Jacob Arlow y Bernardo Álvarez Lince, lo mismo que a muchos otros amigos, colegas y discípulos. Jorge Olagaray fue el primero que comprendió mis ideas y Charles Hanly les dio una base filosófica. Lamento que Élida, mi esposa, no me pueda acompañar, pero yo sé muy bien que estamos juntos, trabajando juntos, como siempre.

R. Horacio Etchegoyen

Buenos Aires, 12 de diciembre de 1999